

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1878



JENNER, vacunando á su hijo. — Estátua de MONTEVERDE.

EXCITACION

No necesitamos de gran modestia para confesar, como lo hacemos hoy, que no hemos llenado, ni con mucho el programa que nos impusimos. Esto ha dependido de muchas causas, de las que unas nos son imputables y de las que otras, que son las más, son imputables á las dificultades de todo género con que hemos tropezado. En cuanto de nosotros depende, esperamos mejorar poco á poco de tal modo las condiciones de nuestra hoja, que el público no tenga por qué arrepentirse de su indulgencia. Estamos tomando todas las medidas necesarias para regularizar la oportuna publicación de nuestro periódico y para que su contenido esté en consonancia con las necesidades y aspiraciones de la patria americana cuyos intereses pretendemos servir.

Pero esperamos que á su turno, los americanos residentes en Paris harán tambien un esfuerzo por ver de ayudarnos en la tarea que nos hemos impuesto, como que nuestro objeto al fundar esta publicacion no ha sido otro que el de abrir un campo, siquiera sea modesto, á los ingenios americanos, preparar el papel, por decirlo así, para que plumas mas autorizadas que la nuestra, defendieran en Europa los intereses de aquellos paises tan poco conocidos como mal juzgados, y que presentaran al Nuevo Mundo latino el resultado de sus observaciones y estudios en el viejo continente.

Ya en repetidas ocasiones hemos hecho el ofrecimiento de nuestras columnas á los literatos latino-americanos residentes en Europa, y hoy lo renovamos, excitando á la juventud estudiosa para que ejercite sus altas y relevantes dotes en el vasto campo que se le abre con la Exposicion universal.

¡Cuánto progreso que estudiar! ¡Cuántas invenciones, cuántos procedimientos nuevos que podria utilizar la agricultura, el comercio y la industria en general, de nuestros paises incipientes!



CRONICA

Como lo ofrecimos en nuestro número anterior, vamos á dar algunos pormenores, relativamente á la funcion conmemorativa en honor de M. Thiers, que tuvo lugar el 3 del presente en Nuestra Señora de Paris.

Empecemos por decir que, en opinion de la prensa, no registran los anales de aquel bellissimo templo, ceremonia alguna que haya podido exceder á esta en magnificencia y suntuosidad. Este dato será suficiente para juzgar: en la decoracion de la iglesia se emplearon más de 25,000 metros de paño negro y cosa de 20,000 metros de franjas y galones de plata.

Hacia afuera, el gran portal desaparecia por completo hasta la llamada galería de los reyes, bajo un triple cortinaje, coronado de una ancha franja con bordados de plata sobre fondo negro. Las tres enormes puertas de entrada, cubiertas igualmente por grandes cortinajes de paño negro bordados de plata, recogidos á entrambos lados, estaban adornadas con techados en forma de palios. Sobre cada puerta leíase sobre enormes escudos rodeados de palmas verdes y argentadas, la divisa del difunto:

Patriam dilexit, veritatem coluit.

Los dos pisos del interior de la iglesia estaban tambien tendidos de negro y rodeados por una banda con adornos de plata. En las ogivas colgaban enormes cortinajes, recogidos con clavos de plata y que apenas dejaban ver las columnatas de la nave. Sobre paños de herminia y de terciopelo, colgaban de trecho en trecho escudos con las iniciales A T y la divisa ántes citada.

En el centro de la nave se elevaba un catafalco monumental construido por un modelo especial suministrado por el arquitecto Visconti. Componíase de un pedestal al que se llegaba por un estrado y varios escalones recubiertos con un terciopelo de gran riqueza y adornado en la parte superior con motivos de plata — rosas, cruces, estrellas — sobre fondo negro. Sobre este pedestal se levantaba un palio magnífico, con columnas, paños y cortinas de gusto antiguo, adornados con franjas y galones de plata. Un enorme pabellon, en consonancia con el catafalco, pendia de la bóveda y estendia sus cuatro cortinajes hácia las naves laterales. En cada uno de los ángulos del catafalco habia estatuas alegóricas de plata y á cada uno de sus lados se elevaba una palmera natural. El catafalco estaba circuido de candelabros y lámparas de gran precio, antorchas, pebeteras, lustros, cuyos reflejos unidos á los del coro y del altar, componian un alumbrado de cuatro mil luces.

Seria poco ménos que imposible dar á quien no la presencié una idea de esta imponente ceremonia, tan honrosa para la memoria del fundador y primer presidente de la tercera República francesa, como digna de la gratitud de un gran pueblo.

La reunion del *Reichstag* se ha efectuado ya. Por el discurso de apertura del trono, se deja entender que sus sesiones no tendrán más objeto que el de considerar el proyecto de ley contra los socialistas, que aprobó ya el Consejo federal y que pasará á ser ley del imperio, con ligeras modificaciones, segun se cree. Høedel, el autor de la primera tentativa de asesinato contra el emperador, fué condenado á muerte y ejecutado. Nobiling, el autor de la segunda tentativa, ha sucumbido tambien, no obstante los esfuerzos que se hicieron por ver de conservarle la vida y obtener de él algunas revelaciones sobre sus cómplices, si los tenia; pero las heridas que él mismo se habia hecho eran sumamente graves y como sabia que no querian su vida sino para podérsela arrebatarse con las fórmulas legales, no tenia deseo ninguno de vivir y así no podia tener este horrible drama otro desenlace. Pero el gobierno imperial, con razon ó sin ella, ha hecho al partido socialista responsable de estos dos atentados, y las persecuciones comenzadas antes del voto de la ley, se continuarán con nuevo rigor cuando esta haya sido votada. ¿No será peor el remedio que el mal?

En estos momentos precisamente en que los Estados Unidos están dando al mundo un ejemplo palpable del poder de la libertad: Kearney, el socialista Kearney, el agitador popular á cuyo acento se creyó podria derribarse el edificio federal, ha quedado solo y en ridículo, porque el gobierno americano tuvo la prudencia de no hacer de él un mártir. El martirio engrandece ó purifica, y la sangre de un sectario es mas fecunda en correligionarios que todos los discursos y todas las

propagandas. La crisis alemana tiene su razón de ser, pero el remedio no está en la supresión del socialismo, partido que tiene muchos puntos de contacto con el *nihilismo* ruso — sino en la cesación del régimen militar, como sistema de gobierno.

Mucho se ha hablado en estos días de la proyectada compra de la isla de Curaçao por la Alemania. El hecho parece cierto y mucho nos engañamos ó este vecindario habrá de tener muy desagradables consecuencias en el porvenir, sobre todo para Venezuela. La Alemania quiere tener su estación naval en las Antillas y tiene razón que le sobra, pero nosotros también la tenemos para mirar con alguna desconfianza un vecino que profesa tales principios respecto al derecho de conquista y que mantiene tantos hombres sobre las armas, sin saber en qué ocuparlos.

* * *

La situación de la Rusia no deja de ser alarmante. El nihilismo se extiende por todo el país y domina en él hasta el punto de tener un gobierno organizado, si hemos de creer los informes del periodismo francés, no siempre dignos de entera fe. Y ante todo, ¿qué es el *nihilismo*? Aunque en Rusia hay muchos partidos en el nombre, no hay en el fondo, como en todo país regido despóticamente, sino dos, el de los opresores y el de los oprimidos. Estos, pues, ya sean socialistas, republicanos ó monarquistas constitucionales, están siempre de acuerdo en que hay que comenzar por echar abajo el régimen actual. Su tarea, por ahora, es de demolición. Sus aspiraciones no pueden ir más lejos, y así, iguales por el momento en la esperanza, hacen por lo pronto abstracción de sus ideas en cuanto á la forma de gobierno más conveniente, y se agrupan bajo la bandera del *nihilismo*, que cobija todos los partidos de oposición.

El gobierno imperial, confiando en sus numerosos ejércitos, se irrita con los obstáculos que á cada paso encuentra, y hace sentir más y más el peso ya insufrible de su despotismo secular. La policía rusa, la más terrible y bien organizada de las policías europeas, es víctima de multitud de ataques y se encuentra impotente para descubrir á los agresores. Ya en este año han muerto violentamente dos jefes de la alta policía, y ni Vera Zazulitch, ni el asesino del general Mezentsev han sido hallados para imponerles el condigno castigo. En cambio se han hecho multitud de arrestaciones arbitrarias, con lo que apenas se consigue agravar el mal.

La situación interior, pues, no es nada halagüeña en Rusia, y en esta nación como en la Alemania, no es dado prever qué sorpresas nos prepara el porvenir.

* * *

El Austria continúa en la árdua tarea que le ha impuesto el Congreso de Berlín, y aún no ha terminado por completo la ocupación de la Bosnia y la Herzegovina. El cadáver de la Turquía ha entrado ya en un serio período de descomposición. El sultán ha entregado á Batum, pero se niega á rectificar sus fronteras con la Grecia y el Montenegro, so pretexto de que no tiene qué darles. Las potencias signatarias del tratado de Berlín se ocupan, según se dice, en intervenir eficazmente á fin de que la Turquía, de grado ó por fuerza, acate la decisión del Congreso.

¿No teníamos razón para decir como lo hacíamos en nuestro número anterior, que un gran cataclismo se prepara? La atmósfera social como la natural puede cargarse de miasmas pútridos y las epidemias morales como las físicas, obedecen á ciertas leyes de periodicidad y se producen y se propagan cuando las circunstancias les son favorables.

F. MÉRIDES.

UNA INDICACION

Tomamos del diario *La France*, que la inserta bajo la responsabilidad de su autor, la siguiente prescripción dada por M. Renoir, para preservarse de la fiebre amarilla, y que se reduce á *no hacer uso para beber de agua que no haya sido hervida*.

Y para curarse de la fiebre amarilla: *Tomar en grande cantidad agua hervida á 40° aún cuando se esté vomitando*.

M. Renoir dice que con este tratamiento entra el enfermo á las doce horas en convalecencia.

Sentimos no poder disponer del espacio suficiente para insertar las razones en que se funda M. Renoir para recomendar este tratamiento; pero la receta es tan simple y de tan universal aplicación, que la damos porque nada se pierde con ensayarla, sobre todo en los casos desesperados.

Solo agregaremos que M. Renoir ha pronunciado varias conferencias sobre el importante asunto de las aguas potables y de su influencia en las enfermedades epidémicas. Según él, estas enfermedades se producen, se desarrollan y desaparecen, conforme á los tres aforismos siguientes:

Su aparición tiene lugar después de las grandes sequedades que han producido la corrupción de las aguas potables;

Alcanzan su mayor grado de violencia, cuando caen las primeras lluvias, después de la sequedad;

Y menguan y desaparecen cuando las lluvias posteriores han ocasionado crecientes de larga duración ó fuertes inundaciones.

LA GUILLOTINA

Paris ha dado á sus huéspedes en estos días un espectáculo que ha conmovido hondamente á nacionales y extranjeros. Queremos hablar de la ejecución de Barré y de Lebiez.

La historia de este proceso que hace descubrir el lado tenebroso y horrible de la moderna Babilonia, dá la medida de lo que puede en nuestra edad el deseo inmoderado de los placeres, de la ostentación y del lujo. No entraremos en largos detalles. Estos dos jóvenes, de buena y honrada familia, cuya educación costó tantas privaciones y escaseces á sus modestos padres, asesinaron villanamente una infeliz anciana por robarle las pocas economías que le aseguraban el pan cotidiano. Después de premeditar largo tiempo el crimen, lo llevan á cabo con la mayor crueldad, y no contentos con esto, Lebiez que era entendido en achaques de cirugía, separa y corta los miembros de la víctima con tal maestría, que cuando fueron hallados creyó por mucho tiempo la policía que eran piezas anatómicas sustraídas de algún anfiteatro. Todo eso es horrible. ¡La aplica-

cacion de la ciencia al crimen! Urgidos ambos por el deseo de brillar y apretados de cerca por la miseria, van encenagándose cada vez mas hondamente en el lodazal del vicio parisiense — no menos intrincado é inmenso que las catacumbas de la gran ciudad — hasta llegar al triste desenlace que los ha hecho célebres.

Pero no es nuestra intencion penetrar por esas profundidades, ni examinar esas llagas: lo que queremos, lo que deseamos es unir nuestra humilde voz al coro universal de reprobacion y de horror que ha inspirado la ejecucion de esos malhechores.

No, la sociedad no tiene derecho á matar, no es posible que ella á su vez se haga asesina. Ellos eran dos criminales indignos del nombre de hombres, pero el que les cortó la cabeza, sin odio, sin pasion, sin más interes que ganar lo que la sociedad le paga por matar, ese monstruo, el verdugo, es todavía más infame, más horrible que el ajusticiado, aunque este se llame Toppmann, Billoir ó Barré.

¡No, la pena de muerte es un baldon para la ley que la ordena, para la nacion que la permite; no, la guillotina no debiera funcionar ya más, ni aún para cortar la cabeza del verdugo!



UN AMERICANISTA

Entre las ciencias nacidas en este siglo, habrá pocas de tanta utilidad é importancia como las ciencias prehistóricas. Su campo de accion es vastísimo y su objeto, el de explorar aquellas regiones que se extienden más allá de la historia y que la fábula ó las tradiciones religiosas han descrito hasta ahora, con exclusion del criterio científico. Apoyándose en la geología, la arqueología, la etnografía, la lingüística, la paleografía, los sabios van lenta pero acertadamente reconstituyendo la historia de aquellos siglos olvidados.

Las ciencias prehistóricas empezaron á cultivarse con fruto por primera vez en los paises escandinavos. Como era natural, la Europa y el Asia sirvieron por lo pronto de objetivo á los arqueólogos, pero bien pronto desearon estos saber si el Nuevo Mundo habia seguido en su civilizacion una marcha idéntica ó análoga. Como ya en los viejos continentes habian logrado los sabios fijar el punto de partida de las sociedades humanas y seguir las paso á paso en su desenvolvimiento sucesivo, trataron de aplicar la experiencia adquirida á la América, ese nuevo continente que algunos geólogos pretenden fué formado, en parte á lo menos, con anterioridad al viejo mundo.

La América no se presentó á los ojos de los arqueólogos bajo el mismo aspecto que la Europa. Su historia alcanzaba apenas á la época de su descubrimiento por Colomb; la inmensa extension de su territorio no habia sido explorada; su pasado prehistórico era completamente desconocido. Sin embargo, no se tardó mucho en descubrir que bajo el espeso velo de ese pasado se ocultaba un estado social bastante avanzado, tal vez una civilizacion anterior á la del antiguo continente.

Este descubrimiento, fué una revelacion. Sabios muy eminentes de distintos paises se dedicaron con ardor al estudio de las perdidas civilizaciones americanas, y á medida que avanzaban por tan nueva vía de investigaciones su admiracion y su entusiasmo ha ido en progresivo aumento.

De aquí el *americanismo*, pasion de monomaniaco á los ojos del vulgo, verdadera ciencia moderna, cuya existencia independiente se ha hecho necesaria por las diferencias que ofrecen sus condiciones con las de las ciencias prehistóricas en Europa. En efecto, y para no mencionar sino una dificultad, el hombre prehistórico en el antiguo continente, es el hombre antediluviano, cuyas huellas se buscan en los osamentos fósiles; pero el hombre al cual se dá esta denominacion en la ciencia americanista, es el que habitaba la América antes de la llegada de Colomb, es decir, un hombre de nuestra era. Para fijar esta diferencia se ha propuesto el nombre de *antecolombiano* ó *precolombiano* para designar al hombre prehistórico americano, es decir, anterior al descubrimiento de Colomb.

Los americanistas, cuyo número aumenta cada dia, se reunieron por primera vez en Congreso el año de 1875, en Nancy, y los trabajos de aquel importante cuerpo fueron inaugurados por el señor Torres Caicedo, su presidente. El año pasado se reunió por segunda vez el Congreso en Luxemburgo, bajo la presidencia honoraria de S. A. R. el príncipe Enrique, de los Paises Bajos. Muy diversos é interesantes trabajos fueron presentados al Congreso y entre ellos, deseamos llamar la atencion sobre el del señor Enrique Savary, distinguido y jóven americanista suizo, compañero del célebre profesor Agassiz, en una de sus excursiones científicas por la América del Sur, y delegado por la Suiza por el Congreso de americanistas.

El trabajo del Sr. Savary, del que damos un corto resumen á continuacion, versa sobre la *Conquista de los antiguos chilenos por los peruanos en tiempo de los Incas*.

Hacia 1450, el inca Yupanqui invadió á Chile, y al cabo de dos largas campañas, confió la direccion de la guerra al príncipe Sincuiruca, quien por medio de una hábil política, más bien que por la fuerza de las armas, consiguió someter las provincias de *Co-pia-ayou* ó *Copiapó*, de *Co-quimbo*, de *Quillota* y de *Mapocho*, situadas al norte del *Rapel*; pero no bien hubo atravesado este rio, cuando atacado por los araucanos, tuvo lugar una sangrienta batalla en la que fué derrotado, viéndose así obligado el inca á renunciar para siempre al pensamiento de atacar de nuevo un pueblo tan valeroso. Las cuatro provincias conquistadas fueron anexadas al imperio, pero no asimiladas.

El estado político de los araucanos era por ese entonces muy superior al que hoy nos presentan. Existian en el pais considerables centros de poblacion y un gobierno regular ejercido por cuatro caciques que habian llegado á sustituir al principio hereditario el de la eleccion. Aunque esencialmente aristocrática, la constitucion araucana era moderada, sin embargo, por la intervencion en los casos graves, de una especie de representacion nacional. La ley castigaba con la pena de muerte todo crimen de alta traicion, el adulterio, la brujería y el homicidio, aunque admitia como reparacion legal, respecto al último, un arreglo pecuniario. Bien que los araucanos no tuviesen ni templos ni sacerdotes siempre, es cierto que reconocian la existencia de un Ser Supremo que gobierna al mundo por medio de espíritus secundarios, y aunque, por lo general, creian en la inmortalidad del alma, no estaban, sin embargo, de acuerdo en cuanto á las condiciones de la vida futura.

Ofrecian en sacrificio al Ser Supremo animales para obtener la victoria, humo de tabaco para conseguir la curacion de sus enfermos. En fin, si su moralidad dejaba mucho que desear, dice M. Savary, su historia po-

dria ofrecer muchos ejemplos que imitar á los pueblos europeos, bajo el punto de vista del patriotismo y del amor á la libertad.

LA EPIDEMIA DE NUEVA ORLEANS

Dia por dia nos trasmite el telégrafo las más tristes noticias acerca de los estragos que la fiebre amarilla hace á la sazón en Nueva Orleans, como ya los ha hecho allí mismo en 1823, 1837, 1841, 1846 y 1856. En presencia de tan dolorosa circunstancia, creemos oportuno hablar de estas grandes epidemias, que vienen de tiempo en tiempo á asolar las comarcas más populosas.

La América entera, víctima de frecuentes conmociones subterráneas, no lo es ménos de estas terribles pandemias, como la que sufrieron el Perú y el Paraguay en 1588, como la de Carácas en 1696; la del Nuevo Reino de Granada en los primeros tiempos de la colonia, y muchas más que registra la estadística.

Fácil ha sido casi siempre en todo el mundo reconocer las causas que tanto daño han producido; mas no de igual modo se ha logrado destruirlas. Hoy, como ántes, las inundaciones del Nilo, que dejan, cuando las aguas se retiran, una aglomeración de materias pútridas, amenazan periódicamente al Bajo Egipto con la calamidad de la peste; y la pobreza, la miseria extrema de los que habitan las orillas del Ganges, engendran igualmente el azote del cólera.

Sabido es, sin embargo, que los grandes males han dado origen á los grandes remedios. Al lado de la viruela tenemos la vacuna; y es ésta la ocasión de consagrar un recuerdo á Jenner, el descubridor del virus precioso que inspiró á Quintana una de las odas más bellas que posee nuestra lengua. El nombre del ilustre médico inglés no es, sin embargo, de todos conocido, como debería serlo; y aun en el mismo Londres, su estatua está colocada en un oculto rincón de Kensington Gardens.

Otra estatua, más hermosa que aquella, se halla hoy en la Exposición Universal del Campo de Marte, y, por lo mismo, no solo los ingleses, que recibieron la vacuna en 1796, ó los americanos, que la obtuvieron en 1799, ó los franceses, que no la aceptaron hasta 1800, sino los habitantes del mundo entero, ya que en todo él se ha reconocido su benéfica influencia, podrán rendir allí un justo homenaje de gratitud á la memoria del que ha salvado tantas vidas (1).

La humanidad debe mucho también á los progresos de la higiene pública. Cuando Venecia, en 1448, era el grande emporio comercial del Oriente, se reglamentaron por primera vez las cuarentenas, y desde entonces Europa, ya de éste, ya de otros modos, no ha cesado de tomar medidas conducentes á detener el desarrollo de las enfermedades epidémicas.

Se hallan éstas sometidas á tres influencias comunes: el calor del clima; la vecindad de un terreno pan-

tanoso y la condición especial del lugar. El calor, la humedad, la disminución de la ozona atmosférica, la acumulación de gentes en las mismas habitaciones y los focos de materias orgánicas en estado de descomposición, favorecen el desarrollo del miasma.

Se dice que una enfermedad es endémica en un lugar, cuando las causas que desarrollan el miasma son constantes allí. Existe una epidemia cuando el miasma se desarrolla accidentalmente, ó cuando aumenta de fuerza en un lugar en que era endémico.

Los miasmas se propagan por varios medios, tales como las corrientes de agua, los vientos, las caravanas y los viajes de buques mercantes. La higiene pública protege á la comunidad contra su influjo pernicioso, así como la higiene privada aumenta la resistencia del organismo á recibir la sustancia infectiva.

En tiempo de epidemia no debe beberse agua fresca, sino hervida ó fenicada, ó preferir las aguas minerales.

Algunos miasmas, como el que producen las fiebres periódicas, se elevan sobre la superficie de la tierra durante la noche y descienden á ella durante el dia. Boussingault, en nuestras llanuras americanas, logró así recoger en el aire mismo estos principios orgánicos, que pudo despues carbonizar por medio del ácido sulfúrico.

Los árabes edifican sus casas sobre pendientes opuestas al viento que sopla del pantano, y no salen ántes del amanecer, ni permanecen fuera despues de la caída del sol.

Solo un régimen activo y continuado puede salvar al individuo de estas terribles enfermedades miasmáticas, que se presentan, unas ú otras segun el caso, en todos los climas y en todas las épocas del año, y que atacan á pobres y á ricos, á grandes y á pequeños. Oliverio Cromwell murió de fiebre intermitente en 1658; Luis XV fué víctima de la viruela en 1774, y la fiebre tifoidea dejó viuda en 1861 á la actual reina de Inglaterra.

Es preciso, en primer lugar, evitar la acumulación de gentes en una misma habitación, así como pasar la noche en un sitio infectado. La alimentación deberá ser fortificante, y aun excitante, mas no en exceso. Es muy útil el ejercicio y son muy convenientes los vestidos interiores de franela. El trabajo excesivo, y, en general, todo lo que debilite el organismo, es perjudicial en extremo.

Algunas fiebres, como la entérica ó tifoidea, prevalecen en el otoño; otras, como la amarilla ó vómito negro, reinan en los lugares ardientes. La meningitis cerebro-espinal sobreviene en la estación fría.

Dejemos á los sabios, á cuya cabeza, en este asunto, se hallan Pasteur, del Instituto de Francia, y Lister, de Edimburgo, hoy profesor en King's College, el estudio de la naturaleza de esos organismos inferiores que se escapan á nuestra vista y que son, por lo mismo, nuestros peores enemigos, y contentémonos con echar mano de esa especie de astucia que nos da la higiene para librarnos de sus terribles estragos.

IGNACIO GUTIERREZ PONCE.

LOS GAUCHOS EN PARIS.

No hace muchos dias, algunos esquimales atraian la gente al Jardin de Aclimatación; hoy son los gauchos los que gozan del privilegio de dejar alelados á estos buenos de parisienses, que no tienen idea de lo que es

(1) En la primera página de este número, reproducimos la estatua á que aquí se alude. Obra del escultor Giulio Monteverde y que representa á Jenner en el momento de ensayar por la primera vez la inoculación del virus, en el brazo de su propio hijo.



RÊVERIE! — Cuadro de M. J. G. Jacquet.



HERNANDEZ
MUNICIPAL
MADRID

CAMINO DE LA ESCUELA. — Cuadro de la señorita Juana Bôle.

montar un potro cerrero, ni mucho menos, enlazar un toro ó un caballo al escape. Para ellos los chalanos y vaqueros argentinos son nada menos que indios salvajes de lo mas antropófago que se ha conocido, tanto que un amigo nuestro nos referia la especie siguiente: Una señora que presenciaba con su hijo, un mozo de diez y siete años, aquel espectáculo de un ginete enlazando un caballo, le recomendaba que no se acercase temerariamente á la reja, porque podia correr algun riesgo. Nuestro amigo le observó con suma política que no solamente aquellos señores no eran antropófagos, sino que, — y para ello bastaba comparar sus fisonomías inteligentes con las del comun de los labriegos franceses, — eran muy superiores en cultura á muchos de los que los iban á ver.

— Es igual, replicó la señora; no me gusta que mi hijo se les acerque demasiado.

Hace cincuenta años, leemos en un periódico de ese tiempo, vinieron algunos indios guaranis que causaron profunda sensacion en Paris, y fueron objeto de un estudio profundo y detenido para las cuatro Academias, cada una de las cuales designó al efecto una comision de tres sabios. Total, doce académicos. Excusado es decir que nuestros indígenas fueron sometidos á tales pruebas y á tales investigaciones, como era natural les impusiera una comision tan competente. Su idioma gutural y discordante fué especialmente materia para largas y eruditísimas memorias. Aconteció, sin embargo, que los sabios fueron acompañados, en su segunda visita, por un profano admitido en el areópago por favor, quien deseando oír su curioso lenguaje, resultó que los entendia y que pudo seguir con ellos una larga conversacion para la mas gran confusion de las cuatro Academias y de sus sapientísimas comisiones. Como fácilmente adivinarán nuestros lectores, aquel idioma gutural y discordante que hablaban nuestros indígenas, ¡era nada menos que la armoniosa lengua de Cervantes!...

Como se ve, algo hemos adelantado en cincuenta años á los ojos de los parisienses...

¿Qué saben ellos de la varonil pujanza de esa raza de héroes? ¿Qué de sus hazañas y de sus faenas? ¿Qué de la influencia que ejercieron esos caballeros de las pampas suramericanas en la independencia de un mundo?

El llanero de las pampas colombianas y venezolanas y su caballo, tan inseparable de aquel como del árabe, han sido retratados por un poeta con vigoroso tono en las siguientes estrofas, que son de todo punto aplicables al gaucho de las pampas argentinas :

Despierto el ojo, la nariz hinchada,
La frente erguida, trémula la crin,
Tascando el freno, el suelo golpéando,
La oreja atenta, al eco del clarín,

Tal el noble caballo; y el llanero
Mal vestido, tostado por el sol,
Sacudiendo la lanza, y con la vista
Clavada en el ejército español.

Al frente un cuadro ve, la señal oye,
Hace sentir la espuela á su corcel;
Encórvase en la silla, centellean
Sus dos ojos de rabia y de placer.

¡Un instante no mas! — Sangre chorrea
La roja banderola, en sangre está
Tinto el nervudo brazo, y el caballo
Sangre hace con sus cascos salpicar!

Pero volvamos á nuestros gauchos, y digamos en baja prosa que desde hace algun tiempo los gobiernos europeos, especialmente la Francia y la Inglaterra, hacen venir de Sur América numerosas brigadas para remontar, es el término, sus caballerías. Los gauchos que representan nuestro grabado han venido con la última récua, y antes de volver á su patria han querido mostrar sus habilidades, — que, de paso sea dicho, no son muy notables en el arte de enlazar, — al pueblo de Paris. Y decimos que no son de primera fuerza, porque bolean demasiado el rejo antes de lanzarlo, y porque echan la lazada á la calentana, es decir, muy grande, lo que expone al vaquero á enredar su rejo en las ramas de los árboles ó en las estacas de las empalizadas.

— Es igual, diremos, como la señora francesa antes citada; no por eso deja de pasar el suramericano que los visita, un rato menos agradable, ni menos propio para evocar gratos recuerdos.

CRISTO EN LA SOLEDAD.

(Fragmento de viajes.)

Viniendo de Hanover para Hamburgo en el ferrocarril, y al atravesar una tarde ese camino desierto, á cuyos lados se levantan pinos que extienden melancólicamente sus ramos horizontales, negros y sin hojas: oyendo el ruido de la máquina, que es como un quejido incesante, y despues de haber pasado por muchas ciudades desconocidas para mí, y de haber encontrado miles de personas, todas extrañas, y que hablaban un idioma que no entendia, yo iba triste y pensativo, recordando la patria y la familia, y meditando en mi soledad y mi aislamiento.

Por un fenómeno muy natural y conocido por todos los viajeros, cuando se va en ferrocarril, se pierde la idea de que uno es el que se mueve, y se ven todos los objetos que hay á alguna distancia, primero de un lado y confusamente, parece despues que giran y se ponen de frente, y luego se van, perdiéndose de vista.

¡Qué soledad para mi alma! pensaba yo. ¡Ni un rostro amigo! ¡Nadie que me conozca! ¡Nada me une al pasado! ¡Nadie á quien comunicarle mi tristeza ni á quien ocurrir en una desgracia! ¡Si es triste vivir así, cuánto mas lo será morir por aquí sin tener á quién volver una mirada!

¡Cristo!

Sí, un gran Cristo se divisaba en la extension, iluminado por los últimos rayos del sol en occidente. Los brazos extendidos en la cruz y la cabeza tristemente reclinada sobre el pecho. ¿Es un sueño? ¿Es una aparicion? El Cristo, apenas visible al principio, gira y se presenta de frente, me permite contemplarlo unos instantes, y luego se pierde en la inmensidad.

Atravesábamos una aldea católica, y en Alemania hay siempre en los cementerios, en medio de las tumbas, un gran Cristo de mármol, á la intemperie, que se vé de todas partes y que es como la sombra que guarda el sueño de los que allí reposan.

Mi emocion fué poderosa.

Cristo era en esos momentos, para mí, el amigo de la niñez encontrado en el desierto. Era el Dios de mis padres que volvía á ver, cuando mi alma estaba desolada. Era un recuerdo de horas de sencilla ventura y de mística alegría que iluminaba mi estéril existencia. Era

el Inúsped de la familia que ví llegar siempre á la casa en todos los días de desgracia y de muerte, que venia á acompañarme tambien si yo moria. Era el mismo Cristo ante el cual se arrodillaban allá á lo lejos, en el fondo de las selvas de América, mi esposa y mis hijas para rezar por mí. Era el símbolo de ese amor divino, que á todos cubre al extender sus brazos, y que alcanza al desgraciado caminante. ¡Cristo era el solo que podia recibir mis votos de ventura para trasmitírselos á la ausente y adorada familia!

Era una vision consoladora, un sueño de amor y de poesía, una aspiracion del alma realizada por encanto.

Mis ojos no se apartaban de él; y cuando se alejó, perdiéndose en la inmensidad, me parecia que iba á América, y que allá acompañaria á mi hijita, que está en un cementerio, y que cuidaria los sepulcros de mis padres.

MEDARDO RIVAS.

EL DIAMANTE AZUL

(Traducido del alemán.)

CONTINUACION.

VI.

Eidel-Ahmed Bey es mi nombre. Primero fuí gobernador de Candia, y luego gobernador de Egipto y Mus-hir de primera clase en el imperio otomano. Sometí á los candiotas insurrectos y pulvericé la casta dominante de los mamelucos. En la recaudacion de los impuestos de Turquía introduje una organizacion que, al pár que colmaba las arcas del Sultan, ponía término á las vejaciones del pueblo. Purgué de piratas el Archipiélago, y todas las riquezas de aquellos vinieron á mis manos, y las dividí honradamente con el Karneo.

En recompensa de mis numerosos servicios, el Sultan me prometió en matrimonio su hija menor, Leila... Era ésta una hermosa criatura, casi tan bella como tú, y ha sufrido mucho por mí... más que tú, Hafisem.

Oyeme, vas á saberlo todo. Estaban ya hechos todos los preparativos de la boda, cuando (¡Alá dispone de la suerte del hombre!) mi amigo y protector el gran visir, Ruschdi-Memhet, fué asesinado por su propio esclavo en momentos que estaba orando [prosternado en la mezquita. El asesino habia sido asalariado por los conjurados de Dere-Bey.

A Ruschdi-Memhet, que yo consideraba como mi segundo padre, sucedió en sus funciones Rumili-Abdi, uno de mis enemigos mortales, cuya inquina tenia su origen en mis reformas sobre la recaudacion de las rentas.

Elevado Rumili-Abdi á la dignidad de gran visir, yo sabia perfectamente lo que iba á sobrevenirme. Mi remocion inmediata de los cargos importantes que se me habian confiado, era una cosa tan natural como la caida de las frutas tras una tempestad. Que ni aun mi vida me pertenecia, era un punto sobre el cual yo no me formaba ilusion. El islamita lleva envuelta la mortaja en la cabeza: ese turbante le está indicando que la vida es una deuda cuyo plazo puede vencerse de un día á otro.

Poco tiempo despues se me hace saber que Leila, esa Leila que me amaba tanto y que me estaba prometida, iba á ser esposa del gran visir. Mas el amor no conoce sino una ley, una sola, desde el Bósforo

hasta el Belt: *lo que yo amo es mio*. Con esa ley no hay órdenes de czar, ni de sultan, ni de Dalailama que valgan. ¡El sér á quien yo amo y que me ama á mí, me pertenece!

Al punto hice, pues, equipar mi mejor buque de guerra, el *Takimi-Bekai*, con el cual habia perseguido tantos piratas y echádoslos á los abismos de la mar. Reuní á bordo á mis más fieles compañeros de armas, embarqué todos mis muebles y me hice á la vela para Stambul.

Echamos ancla por la noche en el cabo Dorado. Hice lanzar al agua una lancha de veinte remos y me adelanté hasta el serrallo. Aquella era precisamente la noche en que habia de celebrarse la boda del gran visir con mi Leila.

La ribera estaba brillantemente iluminada, y de los buques de guerra anclados en el estrecho surgian fuegos artificiales cuyas luces multicolores se esparcian en la oscuridad de la noche, proclamando así el júbilo del gran visir al mismo tiempo que mi desesperacion.

Una gran barca iluminada con lámparas resbalaba sobre las tranquilas aguas en direccion á la ribera opuesta. Era la del novio, y en ella iba *mi* prometida al pabellon de recreo de Tsengel-Koï. Tripulábanla unos eunucos, y habia en ella músicos y juglares: en la popa, bajo un magnífico dosel, estaba sentada Leila al lado del gran visir, y rodeada de sus esclavas.

En el desórden de aquellos regocijos públicos nadie habia observado que un solo esquife, sombrío y rápido, iba en pos de la barca nupcial. Yo mismo manejaba el timon, dirigiendo la proa contra uno de los costados de la otra embarcacion... ¿Te estás poniendo pálida, Hafisem?... ¡Tú imaginas acaso que era locura pensar en hacer zozobrar un bote para sacar luego del mar á mi prometida! Por cierto que habia en torno suyo doce esclavas, y no era cosa hacedera ni para el nadador mas hábil distinguir la novia en la oscuridad de las olas. Pero yo sí estaba seguro de lo que hacia, tanto mas que numerosos cohetes lanzados de diferentes partes venian á reventar dentro del agua, iluminando las profundidades del mar. Por otra parte, habia una circunstancia especial de que yo sacaba ventaja para la ejecucion de mi plan, cual era la de que en la ceremonia nupcial la hija del sultan se adorna con tantas joyas, que apenas puede caminar bajo el peso del oro y las pedrerías. Y las cien bocas de la fama habian anunciado que la novia del gran visir le llevaria dos millones de duros en solo las joyas que tuviera puestas. Aquel peso, pues, debia arrastrarla mas pronto á los abismos de las aguas, á tiempo que sus esclavas quedarían sobrenadando.

— ¡Remar, remar, un último esfuerzo! dije á los remeros... Y al punto un horrible crugido se oyó en la barca nupcial. Un momento despues ya no se vieron las lámparas, y el esquife flotaba volteado.

Lancéme entonces en el abismo. Yo tenia suelas de plomo para vencer mas pronto la fuerza de resistencia del agua, y con todo eso me fué difícil alcanzar ese cuerpo que me precedia arrastrado por el peso de sus joyas. Al ténue resplandor de los cohetes que reventaban en el fondo del mar, aquella vision semejava una reina de los cuentos de hadas que volase hácia su palacio de cristal y sus jardines de coral. Mas ántes que ella llegase á éstos, ya habia yo logrado asirla del velo, y atrayéndola á mí y desembarazándome al propio tiempo de las suelas de plomo, saqué con presura mi preciosa carga á la superficie del agua.

La fortuna me sonreia. En lugar de pasar por entre

los kaiks que formaban el cortejo nupcial, yo me encontraba á algunas brazas de mi barquichuelo. Mis compañeros nos sacaron del agua, y al punto volamos por el mar con la rapidez de las gaviotas.

En medio de la turbacion general que habia sucedido al tumulto de la fiesta; mientras que todos se ocupaban únicamente en socorrer al gran visir y la novia, y mientras todos se afanaban en busca de ésta, nadie echó de ver que un buque se alejaba del Cabo Dorado.

Y en ese buque y entre mis brazos volvía á la vida mi prometida.

Durante esta relacion, la hermosa Hafisem temblaba de piés á cabeza. Sentimiento terrible tiene que ser sin duda el de verse una mujer amada por un hombre capaz de hacer por su futura la guerra al gran visir, al mar, á la muerte... verse amada por un hombre que hace primero morir á su prometida y luego la fuerza á resucitar para hacerse al fin dueño y poseedor de ella.

Ahmed continuó el relato de sus aventuras.

La noche y la confusion favorecieron nuestra fuga; sin embargo, al amanecer quedó descifrado el enigma. Varias personas á bordo de la barca nupcial habian distinguido mis facciones, y no tardaron en darse cuenta de la presencia del buque que por la noche habia llegado al Cabo Dorado y habia desaparecido ántes del amanecer. Además de eso, los pilotos conocian muy bien mi *Takimi-Bekai*.

Sin perder tiempo, todos los buques de guerra de la bahía de Besika levaron áncora para darme caza. Kapitan Bajá se puso personalmente á perseguirme con catorce velas.

La presa era digna de tal caza, pues nada mas inaudito que el que la hija del sultán fuese robada de ese modo de entre el cortejo nupcial, bajo las ventanas del serrallo y con todas las joyas de que estaba ataviada.

Cuánto podían valer aquellos tesoros, no lo sé ni lo he investigado. ¡Hubiéselos yo arrojado mas bien todos al mar! ¡Así al ménos me hubiera quedado mi Leila! ¿Qué me importaban sus diamantes? ¿No poseía yo mismo tantos que su número rayaba en fabuloso? Mis solos tesoros valian muy bien la pena de que se me diese caza. Sí, desde la pérdida de la escuadra dorada nunca habia soportado el mar una carga más preciosa.

El viento nos fué constantemente favorable hasta el estrecho cercano á la isla de Cérigo, pero allí calmó y hubimos de navegar de bolina. A la altura de Corfú, isla que pertenecía á la república de Venecia, alcanzamos á ver en el horizonte las velas de nuestros cazadores. Yo las ví despuntar una á una en lejanía, cual negros petrales entre el cielo y el mar.

Mi hermano Said vino entónces á mí. De los dos él era el mejor hijo de nuestro padre; sus facciones se parecían á las mias, pero su alma era mas bella que la mia.

— Hermano Ahmed, me dijo, no podemos ya huir con nuestro buque. Si aceptamos la lucha, el estampido del cañon va á dar el alerta en todos los puertos y van á cortarnos el camino. Yo soy jóven y no tengo á nadie en el mundo: tú eres feliz y tienes una mujer que te ama. ¡Ea! cambiemos nuestra suerte.

Dirigí entonces una mirada á Leila y acepté el sacrificio de mi hermano.

Said vistió mis ropas. Yo hice trasportar mis tesoros á una goleta veneciana que compré, pasé á su bordo con Leila y vogueé resueltamente en alta mar.

Cuanto al *Takimi-Bekai*, que desde la punta quedó bajo el mando de mi hermano, describió un semicírculo

al rededor de la isla y puso luego la proa con velas desplegadas hácia el sur, cuál si hubiese querido abordar á las costas africanas. A causa de esa maniobra, la flota que venia dándole caza cambió así mismo su rumbo, y en breve desapareció totalmente de mi vista. Dónde alcanzaron mi buque es cosa que yo no he podido saber nunca.

(Continuará.)

RECUERDO

Nadie aquí llega; sólo yo he venido,
Al escuchar el toque de plegaria,
A derramar, con pecho conmovido,
Mi llanto en esta tumba solitaria.

Se estremece mi espíritu adormido
Y vuelan los recuerdos en mi mente,
Como se alzan las aves de su nido
Si lo sacude el agitado ambiente.

Nadie aquí viene; indiferente el hombre
Que de otro sér que fué mira el santuario,
Se aleja sin leer siquiera el nombre
Esculpido en el mármol funerario.

Nunca á mí volverás? La golondrina,
Que errante vuela en dilatados mares,
La estacion de las flores adivina
Y otra vez vuelve á visitar sus lares.

Paloma, ven, que tu olvidado nido
Aun conserva el calor de tu albo seno,
Y de los copos de plumon mullido
Que cayó de tus alas, está lleno.

Las flores que aquí crecen son tus flores,
Tú las regaste sobre el polvo inerte,
Y llenas de matices y de olores
Hoy engalanan tu mansion de muerte.

Así el ave su vuelo levantando
Sobre los campos, busca con empeño
Para llenar su nido, musgo blando,
Y reposar en él su último sueño.

La niebla de la noche sobre el lago
A la luz de la luna se desliza,
Y solo estampa con dibujo vago
Su sombra en el cristal que el aura riza.

Y el *cocuyo* que pasa en raudo vuelo
Y entre las sombras de la noche vaga,
Una cinta de luz deja en el cielo,
Pero su brillo efimero se apaga.

Así tu vida fué; ninguna huella
Podré encontrar sobre tu corta vía;
Silencio de dolor mis labios sella,
Y yace en soledad el alma mia.

Paloma, ven, que tu olvidado nido
Aun conserva el calor de tu albo seno,
Y de los copos de plumon mullido
Que cayó de tus alas, está lleno.

1869.

EPÍGRAMA

Fulanito es sin engaño
Un guapo mozo, — fué á Europa
Y se estuvo mas de un año.....
— ¿Qué trae de nuevo? — La ropa.

EL DESARROLLO CIENTIFICO MODERNO

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA SOCIEDAD
POLITÉCNICA DE COLOMBIA

Por **IGNACIO GUTIERREZ PONCE**

Señores,

Debo hacerlos esta noche una conferencia sobre el desarrollo científico moderno.

Tal es el tema que habeis tenido á bien asignarme; y cuento con un cuarto de hora de benévola atencion.

Pero ¿habréme dado razon exacta del sentido de este tema y de la manera de estudiarlo? Vamos á verlo.

Si fuese á considerar una por una todas las ciencias para exponerlos cuanto en ellas han hecho los sabios de los últimos siglos, completaria más de cien cuartos de hora que pondrian á prueba vuestra atencion y vuestra benevolencia.

No es esto, pues, lo que habeis querido. Se trata aquí de algo más corto y más útil. Entremos, por lo mismo, en otra vía.

¿Qué diríais si os propusiera que teniendo en cuenta el carácter que han venido presentando los pueblos modernos, estudiásemos por qué causas las ciencias de tiempo en tiempo han cambiado de sendero, dejando unos caminos para pasar á otros, abriéndose nuevas puertas y ensanchando así más y más su dominio?

Señores, el hombre y todo cuanto de él emana: artes, ciencias, industrias, leyes y costumbres, todo se resiente del carácter distintivo de la época.

Ese carácter es el inspirador por excelencia de los grandes innovadores.

Repetidas veces ha sorprendido á la humanidad la circunstancia de que hombres separados por grandes distancias y sin comunicacion alguna entre ellos, hayan descubierto poco más ó ménos la misma cosa al mismo tiempo.

De tal manera es esto cierto, que no hay casi descubrimiento ó invencion á cuyo honor no aspiren varias nacionalidades. Para los ingleses, el marqués de Worcester fué el inventor del vapor, para los franceses, lo fué Salomon de Caus, y así pudiéramos citar muchos ejemplos.

Permitidme una comparacion para explicar este fenómeno.

Si tomamos una placa de metal sobre la cual haya gotas de cera á diferentes distancias, y le aplicamos calor, las gotas se irán derritiendo á muy cortos intervalos de tiempo. Aunque separadas entre sí, experimentan la influencia del mismo calor que les va llegando. Lo mismo acontece á los descubridores é inventores, en relacion con el carácter de cada época.

Pero si cada una tiene un carácter distintivo, en cada una tambien se levantan sobre el nivel comun de las gentes algunos hombres que lo representan. No son estos hombres los que forman la época; mas la época forma á estos hombres.

Nos bastará, pues, volver la vista á los grandes sabios que en los siglos modernos han llevado consigo el reflejo de su tiempo para apreciar el curso que han venido tomando las ciencias.

Busquemos, pues, un punto de partida, y conformándonos á la costumbre, consideremos como principio de la edad moderna la célebre época del *Renacimiento*, es decir, aquella en que los pueblos, como despertándose de ese sueño que se ha llamado la *Edad Media*, entraron en un campo nuevo de actividad prodigiosa y de positivo adelanto.

La toma de Constantinopla por los turcos marca ese período: de esa misma Constantinopla que hoy pierden despues de cinco siglos de dominio.

¿Cuál fué el carácter que empezó á dominar entónces, y cuál el que habia hasta entónces dominado?

Los pueblos de la Edad Media habian conservado las tradiciones de los antiguos. Entre los griegos y los romanos...

Señores, no os asusteis ante la perspectiva de un flujo de fósil clasicismo. He mencionado á los griegos y romanos sin ánimo de hacer posada entre ellos. Os prometo no mencionar á Homero ni á Ciceron, ni siquiera á Lucrecio ó Empédoclo.

Me limitaré á decirlos que entre los griegos y los romanos la ciencia práctica era del todo desconocida.

La filosofia se alimentaba de vagas concepciones, de aserciones que nunca se sometian á prueba. Se aspiraba á una perfeccion imaginaria: á la verdad pura. El filósofo se olvidaba de que tenia cuerpo y debia vivir en sociedad. El idealismo exclusivo dominaba el espíritu humano.

Tales eran las ideas de Séneca, de Platon y sobre todo de Aristóteles, los cuales lograron imponer sus creencias á una generacion de muchos siglos.

Además, eran aquellos los tiempos del *magister dixit*.

Recuerdo á este propósito una anécdota.

Habia en nuestro pais en los primeros años de este siglo un médico tenido por gran sabio.

Cada palabra suya era un oráculo, y tanto, que cierto día murió, ó mejor dicho aparentó morir un aldeano, y el doctor se apresuró á despacharlo al cementerio. Mas hé aquí que volvió en sí á tiempo que iban á sepultarlo.

Como lo supondréis, no juzgó oportuno el procedimiento, é incorporándose, entabló reclamo.

No obstante, el sepulturero mostróse inexorable. El doctor Matajudios dice que Vd. ha muerto, luego lo está; con que, á la bóveda.

Y así era en los tiempos de Aristóteles y de sus discípulos. *Magister dixit*.

Cuando Galileo invitaba á las gentes á mirar por su telescopio los satélites de Júpiter que habia descubierto, algunos no se atrevian á mirar de miedo de ver. Temian tanto así contradecir al maestro Aristóteles, que consideraba á la Tierra como único centro al rededor del cual giraba el resto del Universo.

Pero dos grandes acontecimientos vinieron en el siglo XV á dar independencia al espíritu humano: la invencion de la imprenta y el descubrimiento del Nuevo Mundo, á lo cual se añadió la brújula.

Las ciencias, como aves retenidas, se escaparon, por decirlo así, de las pocas manos que las aprisionaban, y vinieron á ser la posesion del mayor número. La imprenta dió á cada cual la facilidad de volverse sabio y de hacer notorios sus conocimientos en un campo vastísimo.

El descubrimiento del Nuevo Mundo hizo por otra parte que renaciera aquel espíritu romántico y aventurero de los tiempos de las cruzadas.

Con tales elementos de accion personal é independiente debia terminar la época del *Magister dixit*, y terminó en efecto.

Dos brillantes figuras aparecieron en los albores del siglo XVII como producto del trabajo intelectual de la última parte del siglo XV y de todo el siglo XVI: Lord Bacon en Inglaterra y Descartes en Francia.

El célebre filósofo inglés se propuso multiplicar los goces de la vida humana y mitigar sus sufrimientos. Así lo dice Lord Macaulay en el admirable artículo que publicó sobre Lord Bacon, y que está consignado en sus *Ensayos*.

Antes de Bacon, pretender la mejora de la condicion de la raza humana era considerado indigno de un hombre de ciencia. En opinion de los antiguos, el hombre habia sido hecho para la filosofia; en la opinion de Bacon, la filosofia habia sido hecha para el hombre (Macaulay).

En 1620 publicó Lord Bacon su *Novum Organum*, es decir, su Nuevo Método, y en este libro, universalmente reconocido de mérito insigne, consignó las reglas para estudiar las ciencias con provecho.

Segun él, no hay conocimiento seguro si no ha sido precedido por la experimentacion, y de nada valen las leyes generales si no se ponen en claro todos los hechos que se supone que éstas explican.

Establecer sobre bases sólidas la ciencia práctica experimental, fué, pues, la obra de lord Bacon. Desde entónces, como podéis observarlo, los sabios han venido proponiéndose lo mismo, y fresca está aún la tumba de Claude Bernard, el experimentador por excelencia, cuya biografía tuvimos el vivo placer de escuchar de boca del Sr. Isaza.

Contemporáneo de lord Bacon, Descartes contribuyó con sus teorías á acabar de echar por tierra las ideas de los antiguos. Veamos como se explicaba el célebre filósofo frances:

« No es cuerdo, » decia, « aseverar que conocemos algo, solo

porque se nos ha hablado de lo mismo. Es nuestro deber, ciertamente, obedecer á la autoridad, someternos á las leyes y á la religion de nuestro pais y de nuestros padres, y en aquellas materias en que no seamos capaces de emitir juicio alguno, es justo aceptar lo que se nos diga por aquellos que sepan más que nosotros. Pero *saber* en efecto algo, requiere más que esto, y á no ser que las razones para una creencia cualquiera sean tan claras para nuestro espíritu que no admitan duda alguna, no tenemos derecho de decir que *sabemos* que eso es cierto, sino únicamente que así nos lo han dicho. »

Bacon y Descartes fueron, pues, las dos columnas sobre las cuales se levantó el edificio de la ciencia moderna, y ella ha mantenido hasta hoy el espíritu de estos dos grandes genios: el del primero, porque no se acepta teoría alguna que no esté basada en hechos y en experimentos cuidadosos, y el del segundo, porque se reconoce que es más honrado decir que somos ignorantes sobre algun asunto y aguardar mayores luces, que pretender saber aquello que no hemos comprobado suficientemente.

Todos los sabios de ese tiempo se infundieron del mismo genio de observacion y de experimentacion inductiva, aunque las necesidades del siglo les hiciesen encaminar sus trabajos hácia distinto lado.

Los libros de Aristóteles tenian que parecer muy embrollados y confusos y era preciso someter á prueba sus teorías sobre las ciencias físicas. En esta tarea se ocupó el gran Galileo. Pero la navegacion era tambien de gran momento por los descubrimientos hechos por España y Portugal; los cuerpos celestes atraian las miradas del marino, que podia ya observarlos en diversas latitudes. A descubrir, pues, las leyes que rigen á esos seres, tendieron los esfuerzos del mismo ilustre sabio de Pisa, así como los de Kepler y de su amigo Tico Brahe.

Pero no me detendré á hablar más de estos sabios que tan conocidos son de vosotros como de todo el mundo: pero si lo haré de otro que tambien brilló en aquel tiempo, y que aunque no ménos conocido, merece especial recuerdo por parte de nuestra Asociacion, compuesta principalmente de médicos y cirujanos.

Ya habréis adivinado que me refiero á Harvey, el descubridor de la circulacion de la sangre.

Bacon, tengámoslo bien presente, se propuso multiplicar los goces de la vida y mitigar sus sufrimientos. Entre los antiguos la medicina era considerada como una ciencia plebeya; en manos de Harvey adquirió rango.

Habia nacido en Folkstone (Inglaterra), en los últimos años del siglo XVI, y hallábase estudiando anatomía en Padua, bajo Fabricio Aquapendente, cuando éste observó por primera vez las válvulas de las venas, y tal descubrimiento iluminó la mente de Harvey y le hizo concebir la idea de la circulacion sanguínea. Pero, ¡cosa admirable! en vez de imitar á Arquimedes en Siracusa y salir gritando *Eureka*, Harvey estuvo por diez y nueve años trabajando en su descubrimiento hasta llegar á una conviccion íntima, y solo hasta entónces publicó sus ideas, en 1628.

Harvey fué médico del infortunado rey Carlos I y tuvo además á su cargo algunas salas del hospital de San Bartolomé, en Londres.

Ya que he mencionado á este monarca, agregaré que bajo su reinado se fundó la Sociedad Real de Inglaterra, la cual logró sobreponerse á la guerra civil de aquel tiempo y se estableció definitivamente para venir á ser lo que es hoy, es decir, uno de los más brillantes centros científicos del mundo. Ya recordáis, por la excelente conferencia que nos hizo no há mucho el señor Coronado, el mediano adelanto de que gozaba Inglaterra en tiempo de los primeros Estuardos. No serian pocas, por lo mismo, las dificultades con que tendrian que tropezar los iniciadores de aquella idea científica; pero la buena voluntad, el amor á la patria, la perseverancia y la energía dieron á su empresa bases sólidas é imperecederas.

¡Señores, sigamos su ejemplo, y adelante!

Casi hermana de la Sociedad Real de Londres, pues que solo se retardó algunos años, fué la Academia de ciencias de Paris, establecida por el Gobierno frances en 1662.

Durante el periodo trascendido entre las épocas de fundacion de estas dos Sociedades, brillaron dos hombres de genio y experimentadores por excelencia: Toricelli y Pascal.

Tan conocidos son de todo el mundo los nombres del ilustre

profesor de Florencia y del sabio frances cuya estatua reposa no léjos de este sitio, bajo la torre Saint-Jacques, que no me detendré en ellos.

Sus trabajos sobre la presion atmosférica dieron nacimiento al barómetro; pero el servicio más notable que prestaron á la ciencia fué el de echar por tierra la antigua y errónea idea del horror al vacío. La física entró desde entónces en una via muy diferente.

Contemporáneo de Toricelli y de Pascal fué el célebre Malpighi, padre de la ciencia microscópica.

Nació en Italia, y fué profesor en la Universidad de Bolonia.

Galileo habia inventado un instrumento por medio del cual habia logrado, por decirlo así, penetrar en los cielos, acercar á los ojos las masas enormes de los astros, crear nuevos seres para el universo visible. Malpighi se internó en otros no ménos desconocidos mundos, y logró hacerse grande á fuerza de mirar lo pequeño.

Descubridor de los capilares sanguíneos, Malpighi corroboró la idea de Harvey. Sus trabajos abrieron á las ciencias médicas un nuevo y vastísimo campo, de donde más tarde habrian de sacarse maravillosos frutos.

El microscopio ha sido desde esa época, aunque Malpighi mismo no fuese su inventor, uno de los más bellos instrumentos, y que más placeres reportan al observador de la naturaleza. Por eso escuchamos con tanta atencion la interesante conferencia que el señor Restrepo se sirvió hacernos aquí recientemente.

Terminaré lo relativo al siglo XVII, hablando del hombre más grande que entónces existió, y cuya gloria no ha sido aún sobrepasada, porque tuvo por base al universo mismo. Me refiero á Newton.

¡Cosa singular! Este hombre nació en el mismo año en que murió Galileo, es decir, en 1642, y parece por lo mismo creado expresamente para continuar y terminar su obra, popularizando el más grande de los secretos: el del movimiento ordenado de los cuerpos celestes.

Newton era inglés; los que viajan en Londres pueden observar en una de las calles vecinas á las plazas de Leicester y de Trafalgar, la modesta casa en que vivió.

Sabio más que todos y más que todos humilde, Newton es una de las más radiantes figuras que la humanidad ha presentado, y con razon se enorgullecen tanto de él los ingleses y veneran su monumento, erigido en la abadía de Westminster.

Terminado el siglo XVII, entraremos en otra época no ménos gloriosa.

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

En las dos páginas del centenario debiamos dar en este número un grabado representando los « Gauchos en el Jardín de Aclimatacion, » pero no habiendo terminado su obra el grabador, á pesar de que retardamos la aparicion de este número por esperarle, damos en lugar de aquel grabado la reproduccion de dos cuadros que á tan justo título llamaron la atencion en algunos de los salones anteriores, como son la *Réverie*, de monsieur J. G. Jacquet, y el *Camino de la escuela*, de la señorita Juana Bôle. De nuevo suplicamos á nuestros suscritores disimulen el retardo con que aparece este número y que no ha dependido de nosotros el evitarlo.

El gerente: DUCROS.

PARIS. — Imprenta de A. POUËN, 13, quai Voltaire.